
Carlos Pellicer

TAQUIGRAFÍA DE UN GRANDE HOMBRE

El caso del Dr. Atl en la historia del arte en México tiene el mayor interés por sus incursiones a la vulcanología y a la literatura. Su inquietud duró cerca de un siglo, en la que su talento y su sensibilidad pusieron en juego una de las personalidades más atractivas de nuestro mundo cultural. Fue pintor por encima de todo. Más de noventa años en la Tierra y setenta y cinco de trabajo. De estatura pequeña y frágil, en lo azul de sus ojos el cielo competente para hacerse cargo del planeta. En lugar de palomas sacaba monedas del sombrero. Su hospitalidad fue siempre espléndida, aunque consistiera solamente en una manzana. Alquilaba casas muy grandes en las que el mobiliario casi no existía. Vestido con gran modestia, el lujo de su persona era su perfecto aseo. Conservo su voz de coro, y en la fantasía de su conversación, la mentira se parecía mucho a la verdad. Su bello y barbado rostro era tan fino, que a veces ocurría estropeado por el trueno de la voz. Su cortesía con las damas llegaba a la elegancia pero casi sin notarse. Su simpatía personal era inolvidable. Gerardo Murillo Cornadó. De sus padres, de origen catalán, casi nada sabemos. El renunció al nombre original para llamarse brevemente en lengua náhuatl, Atl, agua. Y en el agua estuvo el origen de la vida. Una noche alegre en París, a principio del siglo y en unión de gente grande de nuestra América, un hombre de genio, el argentino Leopoldo Lugones, le añadió el doctorado. Desde entonces, se llamó y firmó: Dr. Atl. Y hubo agua para todos los molinos. Fue uno de los mexicanos. El más mexicano que uno pueda conocer. La temperatura del paisaje la llevaba en la sangre. Conoció y amó nuestro arte indígena y fue el primer tratadista de lo que llamamos arte popular. Su interés por la arquitectura religiosa de la época virreinal lo impulsó a publicar preciosos volúmenes ilustrados generalmente por él mismo: Dibujos, acuarelas. Cuando habitó en lo que queda del ex-convento de la Merced, estudió y dirigió la reconstrucción de la hermosa escalera y sufragó los gastos, nunca supimos cómo. Allí nació la novela intitulada *Gentes extrañas en el Convento*. Allí la escribió, muy bien tramada y mejor escrita. Fue un verdadero escritor. *Los cuentos de todos colores*, son deliciosos, llenos de malicioso humor. Una vez leí dos o tres en público y, al terminar, se acercó una persona para decirme que había reconocido a sus propios parientes. *Las Sinfonías del Popocatepetl* son pequeños poemas en prosa de aliento cósmico. Atl vivió una temporada larga cerca de las nieves del gigantesco volcán. Construyó su propia cabaña. Yo tengo los dibujos referentes a ese trabajo. Muchas veces me habló de cuando las nubes se metían a su casa y él las echaba a sombrazos. ¿Las noches del Popocatepetl? Los que las conocemos, allá arriba, sabemos lo difícil que es hablar de ellas. La pequeñez se vuelve tan grande, que uno quisiera ser así siempre.

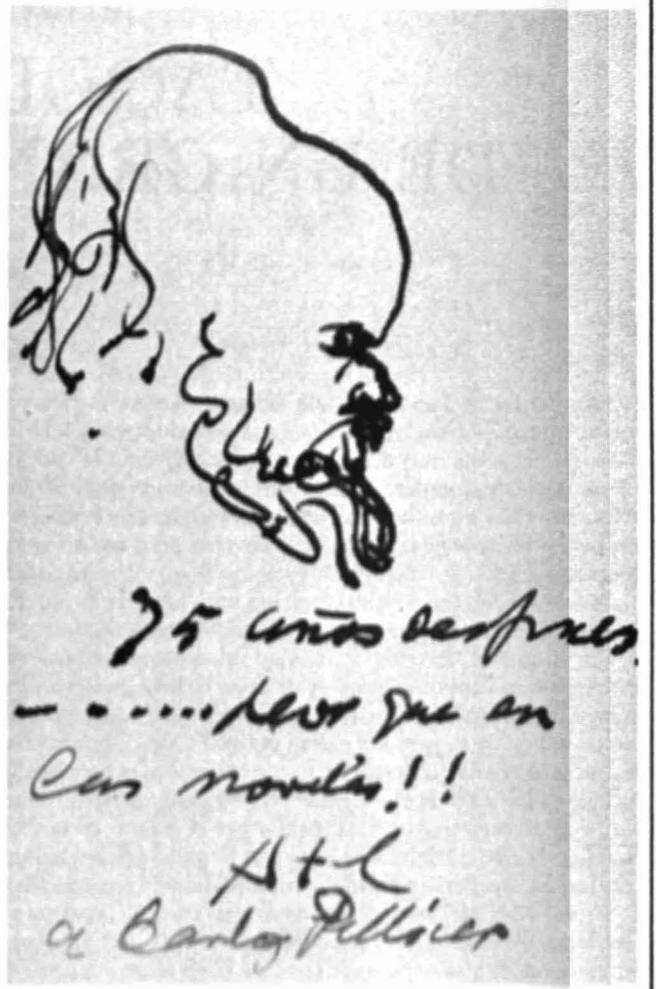
El gran volumen sobre el Parícutín no tiene antecedente

en el mundo entero. Es la biografía del volcán. Desde su nacimiento, ocurrencia inusitada en tiempos muy largos. Por todo motivo, libro extraordinario. Mucho de lo que junto al volcán dibujó y pintó, lo empleó para ilustrar la obra. Muchas veces la lentitud de la lava le obligó a cambiar de sitio y salvar a la carrera la obra artística. "Mira" —me decía—, "cuando le tomaba yo el pulso al volcán, volaban rocas del tamaño de un piano de cola que no me dejaban seguir hablando con él". El episodio no duró mucho tiempo. La cosa se detuvo cuando el nuevo volcán, el Parícutín, alcanzó la estatura de algo más de quinientos metros. Naturalmente el paisaje dejó de ser pintura para transformarse en una mortífera aguafuerte. Por poco los ácidos acaban con el espacio. Ahora, allí, la aurora es fúnebre: una inmensa flor negra, parece no marchitarse nunca. Atl, sobre todo esto, dejó dibujos que son documentos y estados de ánimo. De tanto andar sobre la nueva piel de esa tierra, algo entró por un rasguño en el pie derecho, y con el tiempo, el artista y vulcanólogo perdió toda la pierna derecha. Ni así dejó de andar: con las muletas, en silla de ruedas y en su automóvil, nos daba cuenta de muchas cosas. Así, todavía, volvió por unas horas al Popocatepetl. El gigante lo vio partir para siempre. Se despidieron, tal vez a través de una nube. *Las nubes sobre el Valle* se llama un cuadro que logré que el gobierno le comprara al artista en un mal momento, para honor mío.

La pintura de Atl es muy vigorosa, realizada con gran libertad. Entiende la luz como color, no el color como luz, como lo quiso Velasco. Con muy raras excepciones pintó fuera del Valle de México. Su pintura mural, tanto en Europa como en México, fue destruida. Trabajó muchísimo. Fue un gran pintor, tal vez más extraordinario como dibujante. En muchos de sus paisajes en blanco y negro, el color salta a la vista. Cosas de magia. Un buen día se le presentó el pintor Luis G. Serrano con un cuadro y unas cuartillas, demostrando en ambas cosas la eficacia de su teoría de la perspectiva curvilínea y le dijo: "Maestro, yo soy un pintor mediocre, pero creo que esto sirve y ojalá quiera usted ensayarlo". Atl leyó, vio y ensayó y aprovechó muchas veces el hallazgo del pintor Serrano. El Dr. Atl inventó un material sólido para pintar, sobre tela o madera a base de resinas y lo bautizó con el nombre de Atl-Colors. Se me figura que nunca rebeló la fórmula; les daba la forma de los gises escolares.

Atl fue por poco tiempo director de la Academia de Bellas Artes de San Carlos, institución venerable de fines del siglo XVIII. Una huelga, promovida por él, logró cambios notables en la organización del antiguo Instituto.

Políticamente estuvo siempre dentro de alguna fase del socialismo y en cierto momento, 1915 o 16, en la extrema izquierda. Participó en la fundación en la ciudad de México de la Casa del Obrero Mundial. Tomó parte en la Revolución



75 años después... peor que en las novelas!! Atl a Carlos Pellicer

al lado de Carranza y Obregón. Era antirreligioso aun cuando me dijo en más de una ocasión que ya era necesario levantarle un templo al hombre. Viajó mucho y estuvo siempre preocupado por la cuestión de la Atlántida. La primera sílaba del vocablo coincide con el sonido atl, en lengua náhuatl. Escribió algo sobre esto y pretendió algo que no pudo realizar. Viajó mucho y residió tanto en Francia como en Italia, cuyos idiomas dominaba. Leía el inglés. Cocinaba preciosidades y le gustaba mucho lo que en estos menesteres hacía mi madre.

Los ojos de águila de Atl necesitaban más cielo que el que puede dar la montaña, pero, más que eso, movilidad espacial, y la tuvo, gracias al empleo del helicóptero. Desde tan feo aparato dibujaba a ritmo de taquígrafo y con estas vocales construía el discurso plástico a todo color. A esto llamó aero-pintura. Fue su última actitud.

Pocos años antes de morir, el maestro pensó en la posibilidad de construir, en algún lugar de México, la Ciudad de la Cultura, para congregarse en ella, cada dos años, artistas y hombres de ciencia de todo el mundo. Tres lugares llenaron las condiciones que él proponía: clima, belleza, etc. El maestro estudió a fondo el proyecto. Aquello iba a tener consecuencias mundiales para México de inusitada y nobilísima realidad. Pero el costo, en moneda universal, era de cien millones de dólares. Trabajó varios años en este asunto, sin re-

sultados positivos. En medio del gran conjunto, estaría el Templo al Hombre.

Recuerdo que siendo yo estudiante de bachillerato, se me ocurrió un domingo ir a verlo pintar un mural en el ex convento de San Pedro y San Pablo. La puerta del zaguán estaba entreabierta y pude escuchar toda una gritería, explosión de injurias. Entré y me oculté para no ser notado. Los gritos partían de la boca de una mujer bellísima de apellido Mondragón que había vivido por años en París y era el amor de Atl. La cosa era por celos. El estaba sobre andamios pintando un muro y ella abajo insultándolo. El apellido Mondragón es francés. En determinado momento ella le gritó: ¡Te voy a comer los hígados! y él — apenas pudo escuchar — le respondió en francés: *Où, mon dragon*. Me tragué la risa no supe cómo.

Fue, con Velasco y Clausell, uno de los grandes paisajistas de nuestra América.

Junto, o en las montañas que él amó, por tan grandes, no podemos verlo. Pero escuchamos su voz y a través de las manos de sus ojos luz, disfrutamos tan maravillosas imágenes. Fue sencillo y generoso. Amó el vino y las mujeres. Amó a la vida como pocos. Lo estoy viendo. Hombre genial y magnífico.

Villahermosa, Tab., a 5 de junio de 1974